

Montaña rusa

Laura Camus



Capítulo 1

Montaña rusa

Mayra intentaba sobreponerse a una nueva decepción amorosa, llevaba varias en su haber; no había hombre que lograra conmoverla, ninguno estaba a la altura de sus expectativas. Los que habían desfilado a lo largo de su vida no habían dejado huellas indelebles, sólo sumaban una experiencia más, pocas veces digna de ser compartida. Mayra no entendía por qué sus amigas se mostraban exultantes cuando relataban las suyas, las escuchaba pero sin experimentar emoción alguna... ¿Se habría convertido ella en una insensible? ¿Por qué no podía profundizar con un hombre? Ese pensamiento la atormentaba.

Decidió poner distancia con el entorno, necesitaba estar a solas para reconciliarse consigo misma, nadie más que ella tendría las respuestas para tantos interrogantes.

Y luego de viajar con los ojos cerrados a través de sus recuerdos para conectarse con sensaciones del pasado, después de haberse detenido frente al espejo esperando ver en él el reflejo de una mujer felizmente realizada, llegó a la conclusión de que lo que había vivido hasta entonces carecía de intensidad.

Sus relaciones con el sexo opuesto habían sido moderadamente satisfactorias, mientras que ella se definía a sí misma como una mujer ávida de emociones extremas.

Y entonces apareció él...

Mayra se ubicó en el primer asiento, hacía años que no se subía a una montaña rusa, la última vez había sido en compañía de su padre, recordaba que él le había cubierto los ojos para evitarle el vértigo. ¡Qué estupidez de su parte!, considerando que lo que ella quería era sentir la adrenalina corriendo por sus venas.

La chica encargada del juego estaba por bajar la barra de seguridad por encima de Mayra para dar inicio al mismo, pero un hombre la detuvo.

- Aguarde, por favor, éste es el único asiento libre y llevo tiempo esperando. ¿Me permite subir? – dijo el sujeto

- Llegó justo antes de poner en marcha la formación - respondió la joven al tiempo que lo invitaba a sentarse

- Muchas gracias, este juego es emocionante, me llena de energía – dijo

el hombre

La empleada se sonrió ante el comentario y accionó la palanca de inicio.

Mayra se sujetó con fuerza de la baranda metálica. Ya en movimiento lanzó un profundo suspiro de emoción y luego echó su cabeza hacia atrás para aspirar el viento en profundidad, sus cabellos flameaban y ella sonreía. El hombre sentado a su lado la observó complacido, no era habitual ver a un pasajero de la montaña rusa actuar de esa manera, la mayoría de las personas gritaban presas del miedo.

Los minutos transcurrían y Mayra disfrutaba cada vez más, mientras el resto gritaba. Su compañero, al igual que ella, se sentía en su salsa. En un momento en que la pendiente se hacía más pronunciada cruzaron sus miradas, había brillo en la de ella.

Cuando el juego hubo terminado él descendió primero y le tendió la mano, ella no dudó en darle la suya y entonces sintió cosquillas en el cuerpo y ardor en el pecho; la señal era clara, ese hombre era justo lo que necesitaba.

Ambos amaban el vértigo, la adrenalina y el peligro, sólo por ello consideraron que valía la pena continuar juntos.

Y vivieron el día a día, sin proyectos ni compromisos, su único objetivo era hacer que cada segundo fuera vivido con intensidad. La convivencia no estaba en sus planes, preferían seguir siendo amantes; y como tales sus fantasías sexuales eran cada vez más sorprendentes.

Probaron todo lo que estuvo a su alcance en los escasos dos meses que duró la relación, su creatividad a la hora del sexo superaba lo ya conocido, no obstante ellos siempre iban por más...

Y decidieron hacerlo bajo el agua a una profundidad de tres metros, se habían entrenado para ello, nada era improvisado cuando se trataba de placer. Ellos habían logrado contener la respiración durante varios minutos, los suficientes para llegar al orgasmo.

Estar al límite los excitaba, batían sus propios récords y disfrutaban al máximo cada minuto como si se tratara del último... y así resultó aquella tarde en la piscina cuando el clímax tuvo tal intensidad que acabó con sus vidas.

L. C.